

LLAMA UN INSPECTOR

LA VOZ DE NUESTRA CONCIENCIA TOCA A LA PUERTA

Un reparto de lujo que encabezan **José Luis Pellicena, Francisco Valladares y Concha Cueto**, interpretan este clásico a medio camino entre el thriller y la fábula moral

Rostros tan populares de la escena española como el de los actores José Luis Pellicena, Francisco Valladares o Concha Cueto, figuran en el elenco artístico del montaje *Llama un inspector*, junto con *El tiempo y los Conway*, la más famosa pieza teatral del dramaturgo británico John Boynton Priestley, un clásico del género escrito a medio camino entre el suspense, la intriga y la fábula moral, que dirige Román Calleja. El montaje, que disfraza de investigación policíaca todo un drama social, gira entorno a los miembros de una familia burguesa del industrial Birling, que durante una velada serán interrogados en su propio domicilio por un inspector que indaga las circunstancias del fallecimiento de una joven. Completan el reparto de esta obra Lola Manzanares, Guillermo Muñoz e Iván Gisbert.

Bajo el envoltorio de una comedia de costumbres con sesgos de *thriller*, Priestley mezcla vida e ilusión jugando con una original concepción del tiempo como elemento dramático y contribuyendo a formular, si cabe más sorprendente, el desenlace final de la función. La placidez del bienestar, la buena conciencia, la seguridad en el control absoluto de los hilos que mueven la sociedad opulenta e injusta. La impunidad en la explotación, en la humillación del pobre y de las clases más débiles se rompe, se resque-

braja, con la llegada del tenaz inspector que encarna Pellicena. Priestley traza un descorazonador relato de clase sobre la talla moral de la aristocracia con el que consigue que el espectador ejercite su conciencia.

Román Calleja, que hace cuatro temporadas se atrevió con *Copenhague*, un difícil texto de Michael Frayn, ha subrayado que ha planteado el montaje destacando los aspectos de crítica a esa sociedad y dejando a la vista del público los vicios y lacras de aquellos que gozan de gran apariencia y responsabilidad. *La obra habla de la ética, que, por desgracia, se encuentra hoy en desuso, pero también sobre el amor, la responsabilidad y la culpabilidad.*

Ambientada originariamente en 1910, la acción se localiza en esta versión en 1939, poco antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, en la ciudad industrial de Brumley, en la casa de un próspero empresario en donde su familia celebra una cena con motivo de la petición de mano de su hija Sheila, con el heredero de una familia aristócrata del condado. Una velada sin nada de particular hasta que el mayordomo anuncia la llegada de un misterioso inspector, que se ha acercado hasta el domicilio de los Birling, con el objeto de hacerles urgentemente una serie de preguntas relacionadas con el suicidio de una joven, Eva Smith, y poder conocer los vínculos que los miembros de la

familia tenían con la muerte de la muchacha. En lugar de presentar la acción de un modo lineal, la originalidad de Priestley consiste en reconstruir los hechos una vez que han sucedido, engarzando los distintos eslabones de la desgracia de Smith. El inspector Gould se convierte así en el narrador de la historia, a la vez que en una especie de corifeo que ataca la conciencia de los culpables poderosos. Este modo de presentar la acción, en el que casualmente todos los personajes están implicados, fue tachado de inverosímil en su momento, pero Priestley introduce al final de la pieza dos sorprendentes giros, uno de los cuales hace más plausible la sucesión de acontecimientos; y el otro la transporta a un plano situado fuera de lo real.

Con esta propuesta escénica J. B. Priestley consiguió desarrollar su creencia en la teoría pendular de la historia, de ahí la elección de la época y el ambiente de preguerra que se respiraba en Europa en ese momento. Todo ello con el objetivo de hacer reflexionar al público sobre los errores cometidos, y poder aprender de la historia, ya que el autor británico defendía la idea de que tras superar la primera gran guerra mundial, la sociedad se encontraba muy acomodada y ajena a todos los problemas que, irremediablemente, le rodeaban, pero que por no afectarles directamente, se alejaban de ellos.



Fotos: Javier Naval